
EL PERIODISMO VENEZOLANO EN EL ULTIMO MEDIO SIGLO

 JESUS SANOJA HERNANDEZ



No es para asombrarse, mucho menos para formar escándalo, la afirmación del Presidente de la República en torno a la insidia de los periodistas. El mismo es del oficio y bien recordará cómo los encalabozaron por algunos días —empleaba entonces el seudónimo de Siul—, tras haber escrito una nota algo insidiosa acerca de la trinidad gobernante. Era la época en que se conocía a la Junta Militar, asimilándola a una famosa marca de manteca, como “Los Tres Cochinitos”.

A los periodistas se nos ha llamado de todo; palangristas somos según Carmelo Lauría y Manuel Quijada; comunistas infiltrados en los medios, según unos norteamericanos que cayeron por aquí en la década de la violencia; violadores de la Constitución Nacional, esa señora de la que Jesús Faría dijo alguna vez que la habían desvirgado niña; y calumniadores, difamadores y deshonestos, según nos atrevemos, o nos hayamos atrevido, a denunciar la desaparición de Lovera, el negocio de la chatarra militar, la compra del “Sierra Nevada”, sucesivamente sacados a luz por José Vicente Rangel, Eleazar Díaz Rangel y Enio Peñalver, aunque una legión más o menos compacta de profesionales los acompañase en la campaña.

También, para ser exactos, se nos ha alabado en exceso. Se nos ha comparado con el Poder Moral, que Bolívar concebía de otro modo y la Venezuela saudita, desde luego, en forma diametralmente opuesta. Se dice que encamamos la “otra conciencia” y que somos —esto es para reírse a carcajadas— insobornables, cuando intuimos que unos por necesidad y otros por sinvergüenzas, no se sabe en qué porcentaje, son fáciles presas de una comisión, una asesoría o un billeteazo. Se vocifera, muy declamatoriamente, en los actos del 27 de junio, que sin nosotros la patria no marcharía hacia un rumbo cierto, porque dizque somos algo así como profetas y además, probos.

• UNA SIMPLE ENUMERACION COMO MUESTRA

Los periodistas, seres humanos, sólo comparables a los novelistas y a los trabajadores del Aseo Urbano en cuanto al trato de las grandezas y miserias de este mundo, somos todo eso que se ha dicho, positivo y negativamente. Cada uno ha sido lo que es, y es lo que ha sido: Arévalo González, católico y digno; Laureanito Vallenilla (RH), policía y pragmático; Leo, bebedor, ingenioso y valiente; Sanín, visceral y planfeterario; Ramón David León y Marco Aurelio Rodríguez, feroces editorialistas de la derecha; los López Bustamante, dueños y columnistas de *El Fonógrafo*, desterrados y combativos; Romero-García, violento hasta en la amistad, visitador de cárceles; Job Pim, humorista sin humores; Iginio Yepes, caricaturista pobre pero honrado, y Zapata, intelectual más que caricaturista, y Medo, caricaturista olvidado; Carlos Castillo, ex reportero policial y gran amigo de Mármol León y los reporteros policiales de alfato largo, uno muerto como Acosta Cruz, otro en el profesorado universitario como Raúl Domínguez, quienes cubrieron el caso Vallee Mediavilla; extranjeros aclimatados y de enorme influencia, como Moradell, Benavides, Ramón del Valle, o extranjeros recién llegados, como Tomás Eloy Martínez o Rodolfo Terragno, de enorme garra, propulsores de la imagen profesional de Diego Arria y de la factura de *El Diario de Caracas*, o extranjeros metidos en política, verbigracia Alirio Díaz Guerra, Diógenes Arrieta y Gumersindo Rivas, para quien alguien inventó el verbo gumersindear como equivalente de jalar; y, en fin, reporteros políticos en comandita o llave, como Messori, Olmedo Lugo, Leopoldo Linares y Pedrito Llorens; husmeadores de los bajos fondos partidarios como Lyon Pérez; o críticos semanales como Carlos Croes.

También dueños de empresas, convertidos en acusadores, aunque algunas veces hayan

sido acusados: Rafael Poleo, que es muy versátil y agudo, y Jorge Olavarría, muy volátil y grave, y Núñez Arismendi, incipiente e insipiente; o transformados en entrevistadores de primer plano —sin título periodístico, ¡qué más da!— como Marcel Granier.

• EL SILENCIO BAJO EL GOMECISMO

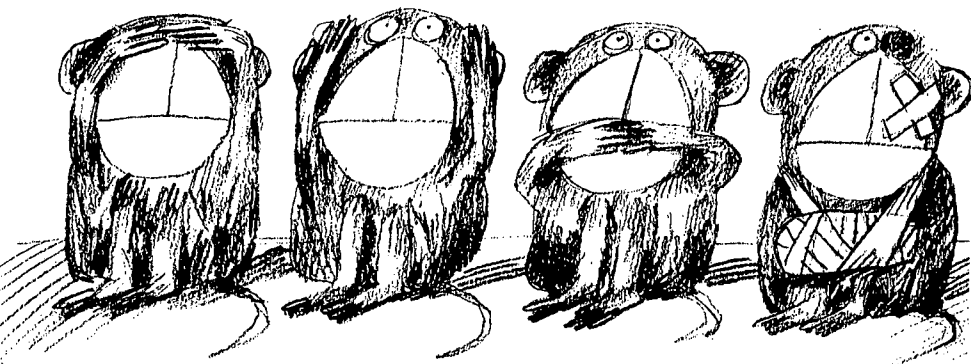
Los ha habido notables en la crítica literaria, como Semprum, cuya fecha de nacimiento se pidió cierta vez para Día del Periodista, que lo fue durante largo tiempo la de Juan Vicente González, ejemplo impar en el estilo, pero no muy aleccionador en el ejercicio político. Los ha habido, igualmente, execrados por la institución gremial, AVP, y si no doy la lista de 1958, no es porque no la tenga, sino porque me calificarían de apolo-gista del rencor. Desde que en Venezuela decidimos olvidar el pasado, la amnesia es la enfermedad nacional.

Esto que ahora escribo es un intento de desoldido, palabra que le quito en préstamo a Victoria Di Stéfano. Un recorrido a lo largo de medio siglo en el que utilizaré todas las virtudes y pecados del periodista, desde la insidia hasta la envidia, desde la veracidad hasta la voracidad, desde lo ladino hasta lo ladeado.

En 1930 alguien escribió que Campíns, y no Vargas; fue el verdadero fundador de los estudios de Medicina, dilema que cualquier historiador de las ciencias médicas metido a periodista habría rebatido sin que nada importante acaeciera o le acaeciera, pues ése era el tipo de disputa consentido por Gómez. Ahora bien, ni Leoni ni Betancourt habrían podido desmentir, en plan de corresponsales, la información de que el comunismo crecía en Colombia, tras la manifestación en Bogotá, como ningún periodista caraqueño se atrevió a cubrir —término que ni se usaba ni se permitía usar— la de las mujeres en la Plaza Bolívar, con motivo del centenario de la muerte del Libertador.

Ya los periodistas habían pagado caro sus arrojios: Arévalo con la candidatura de Félix Montes, Romero-García con los papelitos clandestinos en Valencia, Flores Cabrera con su *Sancho Panza*, Leo con las caricaturas, Domínguez Acosta con sus artículos pacifistas y teosóficos. ¡Hasta Lucas Manzano, pues!

Para que se tenga una idea de cuán fúnebre era el periodismo bajo Gómez, baste decir que ni siquiera la muerte de José Vicente Gómez —el hijo sospechoso y exiliado— constituyó noticia.



• EXTRAÑO INTERLUDIO PARA EXTRAÑO OFICIO

Casi no se utilizaba la entrevista, que es ese género perverso en que el pobre reportero —proletario del oficio— se desquita de tanta nulidad engréida y reputación consagrada. De modo que acerca de los muertos torturados, Venezuela vino a saber en 1936 gracias al periodismo o a esas novelas y memorias periodísticas al estilo de Pocaterra y Blanco Fombona. A Andrés Eloy le debemos la descripción de la agonía del general Peñaloza, cuya noticia de captura dio la prensa oficializada, en 1931, con los mismos comentarios insidiosos, elaborados por el Poder, que ya había utilizado frente a las invasiones del Falke y Falcón, en 1929.

Luego se supieron muchísimos y estremecedoros sucesos, lapidados por la censura invisible del gomecismo: el asesinato de su hermano Juancho, las expediciones de Arévalo Cedeño, las muertes de Torres Abandero y Pedro Manuel Ruiz, las masacres de Funes, los colgamientos del año 19, y así hasta el infinito.

¿Cambió con López Contreras el panorama?. Sí, aunque fuese un "leve parpadeo" de la historia: apenas un año, el de 1936. Nació entonces un sin fin de periódicos de izquierda o progresistas, como *Abona*, *El Popular*, *ORVE*, *El Demócrata*, *Acción Estudiantil*. Se debatieron los temas, hubo enfrentamientos decisivos y hasta manifestaciones tumultuosas en defensa de la libertad de expresión, como la del 14 de febrero. Fue la etapa de la confrontación en el periodismo, sepultada durante el resto del siglo, justamente porque la insidia, la maña gubernamental, no permitían el libre juego de opiniones ni la búsqueda mayéutica de la verdad.

Cuando ya se veía venir la represión, *Ahora*, en enero de 1937, publicó un editorial, "Libertad de prensa", que envolvía todo un presagio. Renacía la censura, y el periodismo clandestino canalizaría la oprimida voluntad de expresarse en las izquierdas. Así el periódico de la UNE pudo pedir impunemente que no regresaran los desterrados, así *Fantoches* era multado, así la verdad resultaba unívoca y no contradictoria: no había insidia posible, por parte de un periodista, que permitiera contradecirse u opinar diferentemente a López Contreras y Pietri, pongamos por caso.

A pesar de todo, un Enrique Bernardo Núñez contrabandea una irónica nota acerca de "la tiara y el Duce", que era una crítica a la multa impuesta al célebre semanario humorístico de Leo. Eso sucedió en 1939, cuando López auspiciaba una gozosa, aunque culpable, neutralidad.

• LA TOLERANCIA, ESA VIRTUD MEDINISTA

En la etapa de Medina despunta la tolerancia. Surgen *Ultimas Noticias*, *Aquí está*, *El País*, *Acción Democrática*, *El Morrocoy Azul*, *El Nacional* y hasta un órgano semioficial como *El Tiempo*. Aparece *Rojo y Negro* y da un viraje *Ahora*. Se asienta *La Esfera* y le sirve de espita al lopecismo revanchista y a las petroleras, terrófagas hasta el subsuelo. *El Universal* se adornece en la democracia, tal como antes lo había hecho bajo la dictadura, pues para ese tipo de periódicos la libertad de prensa se confunde con la libertad de empresa, y aun cuando ésta no existiera, con tal de que existiera solamente la empresa sin libertad, viviría feliz. ¿No había sido el país, bajo la firme conducción del Benemérito, ejemplo de paz, orden y trabajo?. Lo había sido, sí.

Como podrá deducirse, bajo Medina es cuando el periodismo se hace político abierta-

mente; cuando la polémica se enciende, cuando se cuestiona una sola verdad verdadera; cuando el reportero inquiera, con insidia o candidez; cuando el editorialista toma partido; cuando —para soltarlo de una vez— Luis Herrera Campíns se hace hombre del oficio. Todavía algunos repiten las palabras que lanzó por la radio, en apoyo a la revolución adeco-militar de 1945.

• COMPAÑEROS DE VIAJE DE HERRERA CAMPINS

Con el nuevo régimen nace **El Gráfico** y el propio Luis Herrera lleva la batuta en el diario donde **Mr X** (el pitecantrópico Germán Borregales) saltaba la cerca de la insidia para caer en el terreno de la calumnia. ¡Aquel su empeño en llamar a Betancourt comunista y en equiparar al enterrado Plan de Barranquilla con el **Manifiesto de Marx!**. Por las tierras de Chapita andaba en lo mismo Landaeta, reeditor del **Libro Rojo** con la finalidad de que los yanquis vieran el marxismo del romulato, y José Vicente Pepper. ¡Qué periodistas, señores!

Peró, de regreso a las bondades del periodismo de calidad, digamos que en 1945 **El Nacional** sufrió una equivocación con Pérez Jiménez al poner su biografía al pie de la foto del Celestino Velasco. Entonces era una pifia sin gravedad porque ¿cuántos conocían, en octubre de 1945, a quien prácticamente dominaría el país por una década?

Ni siquiera Betancourt lo conocía bien. Imagínese que, en 1946, un gran periodista colombiano, Latorre Cabal, tuvo la ocurrencia de sugerir en **El Tiempo** que no había unidad militar en torno a los comandos. Insidia o sagacidad de Latorre Cabal, lo histórico es que Betancourt contestó que sí había una firme unidad en torno a Delgado Chalbaud, Pérez Jiménez y ese conspirador sin suerte que resultaría Julio César Vargas. Dos años más tarde, la firme unidad se manifestaría, pero en contra, precisamente, de Betancourt.

¡Qué cruel es la tinta de imprenta!

• NO ERA INSIDIA LO DEL GOLPE FRIO

Todos los concedores de la contemporaneidad venezolana recuerdan las advertencias que, en forma reiterada, hizo **Tribuna Popular** en 1948 respecto a la inminencia de un alzamiento militar. Incluso es famoso, por reproducido, su titular al borde del abismo: “¡Golpe frío!”. AD y el gobierno se emperraban en que no había nubes negras, en que todo era limpidez y blancura. Pero lo que sonaba como voz de alerta en **Tribuna**, hizose en noviembre **vox populi**. **El Nacional** mismo recogió la especie. Gallegos le declaró a Otero Silva, en una entrevista franca, sin la menor acechanza o trampa: “Son totalmente infundados los rumores alarmistas!”. Y esto lo decía Gallegos, un hombre tan devoto de la verdad, el 19 de noviembre, a menos de una semana de la constitución de la Junta Militar. Una vez más tenían razón los periodistas.

Peró si lo que se quiere destacar es el papel de ciertos periodistas, en vez de una mala cualidad del oficio, conviene entonces situar la acción en octubre de 1948, tras el mitin adeco-gubernamental en El Silencio. ¿Qué nos sorprenderá?. Una doble versión periodística de lo allí expresado por el Presidente Gallegos; esto es, un discurso publicó **El País** y otro **El Gráfico**, cada uno ofreciéndolo como el auténtico. El de **El Gráfico**, bien lo debe memorizar la prodigiosa retentiva de LHC, hacía hincapié en la frase de Gallegos donde éste negaba el tronido de la conspiración. “El Ejército venezolano respaldaba al bierno constitucional”, habría dicho Gallegos.

Si era insidiosa la versión copeyana, o si verídica, es asunto irrelevante en el sentido de que la conspiración había tomado tanto vuelo que sólo un ridículo juzgaría que lo hacía en alas del rumor.

Vino, pues, la dictadura.

• DURO OFICIO EL EXILIO

A los dos años, los copeyanos se quedaron sin *El Gráfico* y los comunistas sin *Tribuna Popular*, mientras la prensa comercial sufría el lápiz rojo de la censura. Hasta quienes fundamos un periodiquito juvenil, *Gaceta estudiantil*, debíamos ir a Gobernación a entregar los materiales para su revisión, como tantas veces hemos evocado Luis Aníbal Gómez y yo. ¡Cuántos pasajes me tacharon a mí, tal vez por insidiosos, en los artículos para TP, antes del nefasto 13 de abril de 1950!. ¡Cuántos!

LHC fue para Bogotá y Carlos Andrés Pérez para Costa Rica, donde, dice él fue secretario de redacción de *La República*. Los periodistas que caímos en México hubimos de hacer un enorme esfuerzo para demostrar que lo que afirmábamos de la dictadura militar no era mentira, falacia, engaño, manipulación, sino la estricta verdad. Hay que ver el brillo que se formó en la reunión de la SIP cuando periodistas como Pedro Beroes, Analuisa Llovera, Andrés Eloy Blanco, Gustavo Machado y otros, más los perseguidos de Nicaragua y Cuba, enviaron un documento terrible con las denuncias en torno a la represión y la falta de libertades en nuestros países. Allí se hablaba de lo humano y lo divino, y entre lo divino, por convicción, estaban las represalias contra *El Gráfico* y se daba cuenta de los desterrados, entre ellos Luis Herrera Campíns.

Pero el señor Jules Dubois consideró que lo que expresaban esos grupos en el exilio y lo que había dicho Pérez Segnini y lo que trataba de señalar un delegado peruano eran falsedades y mandó, con gesto imperial, a Germán Ornés (ahora es un santico de la democracia) a agredir a quien en ese momento denunciaba a Odría. Por cierto, y para dejar constancia, entre los presentes estaba Pedro Joaquín Chamorro, cuyo periódico, *La Prensa*, había sido asaltado por la guardia somocista.

• IRONIA Y MALAS ARTES BAJO LA CENSURA

Muchos nos dedicamos en el exterior a la prensa de denuncia, veraz y documental. Los comunistas lo hicimos con *Noticias de Venezuela*, los de AD con *Venezuela Democrática*, y los copeyanos, más tardíamente, con *Tiela*, en cuya redacción figuraba, por cierto, LHC.

Desde acá, RH (es decir, Laureano Vallenilla, ganador del Premio Nacional de Periodismo, no ven ustedes!) sostenía que éstos eran infundios de quienes en el exterior no encontraban cómo justificar su frustración, variante de las acusaciones de su padre cuando, en *El Nuevo Diario*, atacaba a los falsos apóstoles y arremetía contra Vasconcelos, para así desmentir que en Venezuela hubiese presos políticos y torturados y muertos en las cárceles.

En una y otra ocasión, pues, dos estilos que revelaban dos formas de servicio: el estilo veraz de quienes ennoblecían el oficio y el estilo insolente de quienes justificaban una tiranía.

En el caso de LHC, como en el de Tarre Murzi, el periodismo vino en su ayuda. Se de-



dicó, además de la columna política, a la columna pagada en el diario *Panorama*, cuya recopilación ha hecho —por ahí vi el libro, pero ¡Dios mío! cuesta cien bolívares— Yepes Boscán. Por apuntes que conservo, sin embargo, puedo dar fe de que en esos palenques LHC metía como podía su venenito, porque, como sentenciaba Duchos, la ironía y la relación casuística son las mejores formas de expresarse en un régimen de censura. Por ejemplo, en el del 1° de febrero de 1954 comentaba los veinticinco años de Doña Bárbara y decía que ni era la prosa helenística de Dominici ni el panfleto de Rufino. ¿Quién era? Era de Gallegos, el innombrable: sutil juego.

Corría la época en que la burguesía agrícola (o los productores arroceros) despegaba en su estado natal. Tal vez por eso escribió una nota que muestra cómo la obsesión de coger tierra (que en la cuña televisada se le atribuyó a David Garth) y decir que él es del llano no es cosa inventada, sino verídica. Lo único malo que veo yo, como periodista voraz que lee todo y recuerdo sus partes, es la similar pasión de CAP, para lo cual remito, a quien interés tenga, al reportaje de Santos Reyero (“Un muchacho de Rubio”) ya los discursos aquellos en que, gumersindeando, hablaba del “retorno a la tierra”.

A los dos años de esas piezas oratorias de CAP, Venezuela estaba desabastecida de productos agropecuarios y había que traer, por avión, gallinas de EE.UU y cerdo de Canadá, o adquirir un barco frigorífico de cuya historia no quiero ni debo acordarme porque sería salirme del tema como, en efecto, lo he hecho ya.

● FINAL APRESURADO PARA CRONICA MOROSA

Una vez desplomada la dictadura, sucedió como en 1936. Empezaron a conocerse los relatos periodísticos de todo lo que había permanecido en la sombra: el asesinato de Droz Blanco en Barranquilla, la masacre de Turén, el horror de Guasina, el atentado contra Caldera —no el atentado, las causas que tuvo Estrada para ordenarlo—, las listas de secuestrados y torturados.

El periodismo se movía, a sus anchas, con todos sus derechos: dinamismo, pregunta sorpresiva, revelación de hechos escandalos, crítica y defensa, ataques públicos, búsqueda de la verdad. Igualmente, con todos sus deberes mal cumplidos, lo que originaría varios pecados, delitos o como se llamen, difíciles de erradicar, como el o la palangre, que debiera ser palabra masculina cuando lo comete un hombre y femenina cuando una mujer, y con eso se cortarían la discusión.

LHC fue a parar a la Secretaría Nacional de Propaganda de Copei —el periodismo, siempre el periodismo— y su adjunto fue, como lo saben Valentín Iglesias y Desiderio Luna, su íntimo amigo, y uno y otro formaron, desde entonces hasta 1969, un dúo teórico destinado a renovar el social-cristianismo.

Quisiera contar esa historia, la de 1960 hacia acá, porque sería una muestra de cómo los periodistas no perdonan a la hora de conseguir una noticia bomba, asunto que sucedió en el célebre cónclave de Coralito, cuando se intuía, pero no se tenían los datos precisos, que Rodolfo José se excedería al objetar la candidatura de Caldera. O en las salidas de reuniones tumultuosas como la del Radio City. O en la captura de documentos cuya autoría se atribuyó al LHC, como aquel de Perdomo Girón y Dagoberto González contra Rafael Clarencio y sus progenitores políticos.

Tampoco son tímidos los periodistas cuando utilizan las columnas, algo serias si llevan firma propia y algo jocosas si calza seudónimo. De Antonio Campos —no soy catalán para saber si de campo viene Campíns— guardo yo un cerro que forman un tratado de arte periodístico: irónicas con Jóvito cuando quería ingresar a la Ancha Base, sarcásticas con Paz cuando construía la coalición anticopeyana, elogiosas con Betancourt por el mentenimiento eficaz de Punto Fijo, y así por el estilo.

Todo esto puede esperar, sin embargo, su turno.

